Oyendo a los Coyotes

Rev. R. J. Rushdoony
Publicado el 30 de Abril, 2007

El Granjero Californiano 255:9 (12 de Diciembre, 1981), p. 35.

La semana pasada, nuestra hija menor y su familia estuvieron aquí con nosotros. Después de la primera noche, hizo un comentario acerca de los coyotes que habían aullado toda la noche. No los había escuchado por años. Están allá afuera todo el tiempo, pero estoy tan acostumbrado al sonido, que ya no los escucho. Por otro lado, cuando visito a mi hija, oigo a todos los automóviles que pasan por la calle durante la noche.

Con demasiada frecuencia, escuchamos cosas sin ponerles atención en realidad. Los sonidos están allí, pero estamos tan familiarizados y somos tan indiferentes a ellos que oímos sin escuchar, y no les prestamos atención.

Esto es lo que significa estar endurecidos hacia el evangelio. Un antiguo significado de ese término es alguien que oye el evangelio semana tras semana sin escucharlo en realidad. Una de las marcas distintivas de tal persona endurecida hacia el evangelio es que no muestra crecimiento, año tras año.

Nuestro Señor dice, “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo” (Apoc. 3:20). Su llamado no es una súplica para entrar sino una convocatoria ya sea a la comunión o al juicio, y Él no tolerará ninguna tibieza (Apoc. 3:15-16). Casi siempre soy “tibio” para con la voz de los coyotes, a menos que piense que pueden ser de amenaza para los pollos. No me atrevo a ser tibio a la voz del Señor.

Como nación, hace mucho que perdimos la sintonía de la Palabra de Dios. Compramos Biblias en grandes cantidades pero no las leemos. Escuchamos la Palabra de Dios, y escuchamos con oídos adormilados. Esto quiere decir que tratamos Su Palabra como algo que no es más importante que todas las otras palabras a nuestro alrededor.

Más bien necesitamos decir, cuando leemos Su Palabra, o cuando la escuchamos leída en la iglesia, Señor, “Habla que tu siervo oye” (1 Samuel 3:10).

Traducción de Donald Herrera Terán, para http://www.contra-mundum.org